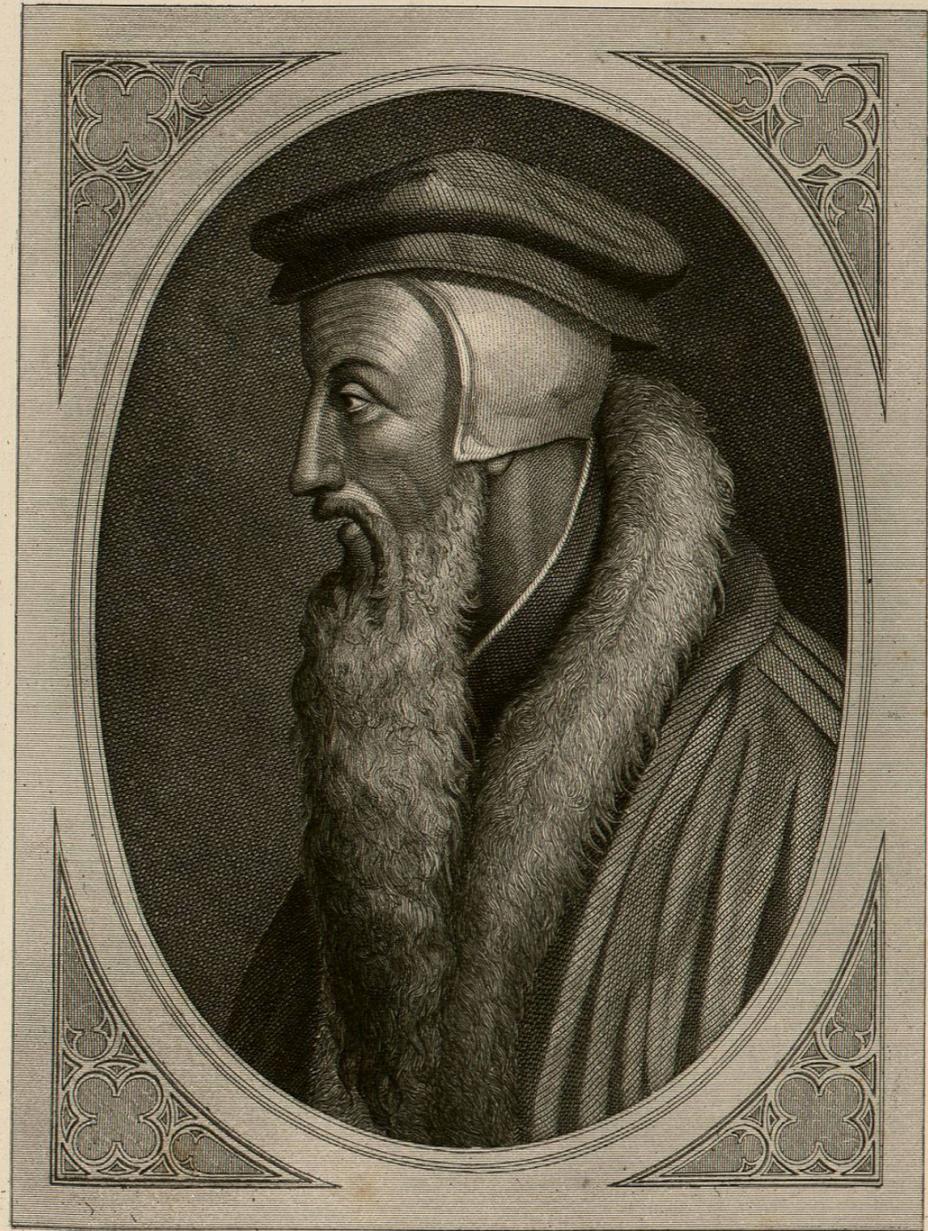


LIBRO NOVENO

CAPÍTULO PRIMERO

LA CONVERSION DE CALVINO

La vida histórica de Calvino carece por completo de la parte artística y dramática, predominante, como hemos visto, en la vida histórica de Savonarola y de Lutero. Aquel, puede llamarse con verdad el San Juan Bautista de la Reforma, como puede llamarse á Lutero, el Mesías de la Reforma, como puede y debe llamarse á Calvino el San Pablo de la Reforma. En efecto, así como el Cristianismo no prevaleciera sin la preparacion de San Juan, que vivificó los desiertos y llamó las tribus subyugadas por los romanos al bautismo y á la penitencia, no prevaleciera tampoco la Reforma sin la predicacion del monje florentino quien llevó al seno de las tierras mas cercanas al Papa y mas sumisas al Catolicismo el sentimiento de la necesidad de una reforma inmediata y el espíritu y la doctrina de una revolucion radical. Y como todas las promesas del Bautista judío se personificaron á una en la sublime figura de Cristo, á su vez todas las esperanzas del monje florentino se personificaron á una en la sublime figura de Lutero. Mas aun despues de las esperanzas diseminadas por el Evangelista; aun despues del Verbo revelador vertido por los labios y de la sangre fecundante vertida por las llagas de Cristo, necesitábase un genio verdaderamente organizador, que diese al Cristianismo la universalidad moral indispensable frente á frente de la unidad material que ya tenia el Imperio. Pablo, judío de nacimiento, romano de adopcion, heleno por sus estudios, oriental por su carácter profético y religioso, debía sin conocer á Cristo, ponerse á la cabeza de todos sus apóstoles y discípulos, si no



E. BALACA PINXIT

J. PURNÉ SCULPSIT

Juan Calvino

en autoridad jerárquica como Pedro, si no en afecto íntimo como Juan el Evangelista, en autoridad moral, por haber abierto de par en par las puertas del nuevo templo de Dios á todas las razas y á todas las gentes, sin preguntarle, ni por su anterior creencia, ni por su heredada estirpe, ni por su patrio suelo. Ceñudo como San Pablo, austero como San Pablo también, perteneciente á familias muy católicas, cual San Pablo á familias muy judías, discípulo de los alemanes como lo fuera San Pablo de los helenos, francés de nacimiento, suizo de adopción, con espíritu verdaderamente universal, con profundas tendencias republicanas y democráticas, el revolucionario Calvino que no conoció personalmente á Lutero, como San Pablo no conociera personalmente á Cristo, completó el luteranismo, dándole con vigor ese democrático espíritu, merced al cual ha rebosado con efusión de los estrechos límites de la Monarquía, para vivificar el seno de bellas y luminosas Repúblicas. Sin la intervención de Pablo, el Cristianismo quedara como una secta judía completamente aislada en las regiones de Oriente, como sin la intervención de Calvino, el luteranismo quedara completamente aislado en las regiones de Alemania. Por la predicación del uno Cristo entró vencedor en Atenas, en Alejandría, en Roma, las tres grandes ciudades del mundo antiguo, de igual suerte que merced á Calvino, entró Lutero en Suiza, Holanda, América, las tres grandes Repúblicas del mundo moderno. San Pablo extrajo del seno de aquel primer Cristianismo cuasi judío el principio heleno-romano de la humanidad y Calvino extrajo de aquel primer luteranismo cuasi monárquico el principio franco-suizo de la democracia.

Corría el año 1526 y se asentaba en las clases del célebre colegio de La March, un estudiante que apenas contaba diez y siete años y que ya tenía en el fruncimiento de sus cejas y en las arrugas de su frente los surcos de un reflexivo y prematuro estudio. Gran diferencia entre tal joven estudiante consagrado á los libros y á las letras, asistente con rigorismo y puntualidad verdaderamente militares á las aulas, y aquel joven, con el nombre de Savonarola conocido, á quien atormentaban los asaltos y los desdenes del amor, y aquel otro joven, conocido con el nombre de Lutero, quien iba de puerta en puerta demandando una limosna y ofreciendo en cambio una canción. Todo es frío, correcto, regular, ordinario, en la vida ordenadísima de Calvino. Ni

el arte, ni el amor existen para él. Sus maestros le parecen padres, sus discípulos hermanos, la universidad abreviado mundo, el derecho y la teología ocupaciones definitivas y constantes para su alma, dotada por la naturaleza de una vocación cierta y de una serenidad inalterable. Así no tendrá que romper como Lutero la piedra de un sepulcro para subir á la vida del espíritu, ni tendrá que coronar las contradicciones de una vida dramática con las llamas de una hoguera purificadora como el infeliz monje florentino: las ideas mas que las pasiones enardecerán su sangre y moverán su corazón y su conciencia.

Adheríase Calvino con adhesión verdaderamente incontrastable á sus guías y maestros. El primero que conoció en París, llevaba por nombre Maturino, y pertenecía de corazón á esa estirpe de maestros, los cuales aman con tanto amor á sus discípulos que les darian, además de sus pensamientos y de sus enseñanzas, sus entrañas. Cuál no sería, pues, su satisfacción, al ver discípulo de las condiciones de Calvino, atento desde el principio al fin á todas sus conferencias, celoso del necesario adelanto, suspenso de los labios del maestro, inteligente, aplicadísimo, verdadera esperanza para un sabio consagrado al cultivo de las tiernas inteligencias, verdadera esperanza que le aseguraba cosecha ubérrima correspondiente á la difícil siembra.

Y Calvino entonces, apenas daba indicios de sus altos destinos como no fuese á hombres superiores, expertos en leer las profundidades del alma aun á través de las paredes del cuerpo. Bajo de estatura, delgado de complexión, pálido de color, agitadísimo de nervios, tímido de voluntad, susceptible y aprensivo, reservado en sus amistades, grave y formal en sus respuestas, corto de genio, largo de estudio, mesuradísimo en sus palabras como quien teme decir algo inconveniente, ya en edad temprana parecían su entendimiento y su natural sazonados y maduros. Así el maestro, conocedor de su mérito, lo elevó á clase superior, premio que en vez de satisfacerle como debiera, entristecióle por verse obligado á dejar la compañía de sus condiscípulos á quienes amaba tiernamente. Hijo de un escribano de Noyon el joven estudiante debía, para satisfacer y contentar á su padre, consagrarse con asiduidad al estudio, pues le demandaba y aun exigía el autor de su vida que siguiese provechosa y lucrativa carrera bastante á compensarle de los sacri-

ficios hechos por la educación y lucimiento de aquel idolatrado hijo de sus entrañas. Pero no se dirigía, no, á un ánimo indiferente. Calvino deseaba con vehementísimo deseo corresponder al celo de su padre y cumplir todos sus votos y cooperar á todos sus proyectos.

Mandóle, pues, quien sabía ser obedecido así, que se consagrara á la carrera eclesiástica y á la carrera eclesiástica se consagró Calvino sin que opusiera ninguna objeción su claro entendimiento ni resistencia ninguna su firme voluntad. No llevaba ciertamente para elegir esta carrera el escribano de Noyon ardor de fe, llevábale cálculo y propósito de lucro. La Iglesia gozaba entonces de grande influjo social y Gerardo, padre de Calvino, apetecía con grande apetito contar un eclesiástico de poderosa influencia en su modesta familia. Para conseguirlo mejor, encerrólo en seminario donde adquiriese no solamente la gracia de la sacra ordenación sino la ciencia necesaria para que tal ordenación fuese fecunda y fructífera y llenase con ventajas tangibles los odres y graneros de su hogar. Por ende partióse al colegio de Montaigne adscrito á la Sorbona de París.

Del lado de Maturino, sabio del Renacimiento, pasó el joven estudiante al lado de una comunión de teólogos, presidida por ceñudo cura español, que predicaba la fervorosa fe católica, propia de nuestra creyente y exaltadísima raza. Ni una idea de rebelarse contra la ortodoxia en aquel seminario enseñada le asaltó ni le distrajo de sus ocupaciones habituales, ningún asunto mas que la porfiada lectura de los libros clásicos. Casto en sus costumbres, sin mas pasión que el afecto sereno á sus condiscípulos, fiel á todas las prácticas religiosas, puntual en los oficios, devoto en las misas, escrupulosísimo en los ayunos, frecuentador de la comunión, observante de la penitencia, atento á todos sus deberes, pasaba por modelo de aprovechados estudiantes en el aula y en el mundo por modelo de sesudo mozo. Así el júbilo reinaba en la casa paterna, júbilo aumentado por haber obtenido para él su padre la sinecura de una dignidad eclesiástica cuyos beneficios le ofrecían largas rentas y le deparaban una suerte ordenada y pacífica. Así, á los diez y ocho años y cuando apenas estaba tonsurado llegó Calvino al curato de San Martín de Marteville.

En su cátedra subía de punto en aprovechamiento al par que en su Igle-